



## CAPÍTULO XIII

### El venerable Párroco de Ars en sus homilias.

**T**ODOS los domingos, al toque de oraciones, la iglesia de Ars se llenaba de parroquianos y forasteros, hasta el extremo de que, aun los que se adelantaban á la hora, con mucha dificultad hallaban lugar entre las compactas é impenetrables filas de aquella multitud, en la cual se veían confundidos todos los rangos y clases sociales, como en la peregrinación, de cuyo carácter nos hemos ocupado ya. Después de una espera más ó menos larga, aparecía el santo Párroco, pasando del confesonario al púlpito para explicar el Evangelio del día.

Los que habían oído al venerable Vianney sólo en sus Catecismos, no le conocían más que á medias. Sabían lo que había en su palabra de luz infusa, de gracia sobrenatural, de solidez y á veces de elevación, de profundidad y de originalidad; mas ignoraban lo que había en él de vida, de actividad, de fervor y de unción. En sus homilias del domingo se veía al celoso misionero, al hombre apostólico, al oráculo, al profeta inspirado, al santo abrasado de la sed de las almas; y allí aparecía en su raro é inimitable aspecto, con toda la fuerza y todo el prestigio de su influyente persona.

Lo que caracterizaba sus discursos era una mezcla de exaltación y sensibilidad, de fe viva y ardiente, y de celo vivísimo; de lo cual resultaba en el predicador la unción á su mayor altura, y en el auditorio la moción de los afectos en su más alto grado. De ahí las milagrosas conversiones que con tanta frecuencia se admiraban en Ars; de ahí aquella súbita transformación de los corazones, la docilidad de las voluntades, el enternecimiento y las lágrimas; de ahí, en fin, aquella acción profunda que comenzaba al pie del púlpito y terminaba en el secreto del confesonario.

Lo que realzaba la elocuencia del Párroco de Ars era la majestad soberana de su cuerpo: aquella frente ancha, rodeada de una aureola de cabellos blancos; aquellos rasgos fuertemente pronunciados, aquella expresión beatífica que formaba el fondo de la fisonomía del hombre santo; y, sobre todo, aquella mirada de fuego que producía una especie de fascinación sobrenatural, bajo la cual hemos visto rendidos irresistiblemente muchas veces á los espíritus más rebeldes, y vencido también el escepticismo.

El estilo que el Sr. Vianney había adoptado en todas sus homilias interesaba, cautivaba é instruía á toda clase de oyentes. Sin embargo, es preciso confesar que la elocuencia del Párroco de Ars carecía de aquellos adornos retóricos que entran por mucho en el buen éxito del predicador, y esto es una nueva prueba de la fuerza sobrenatural y del encanto divino del Evangelio; el cual, predicado en toda su sencillez, no triunfa menos del predicador que de las diversas y á veces exageradas exigencias del auditorio.

Las predicaciones del Párroco de Ars comenzaban por Jesucristo y terminaban en Jesucristo. Le tenía siempre á la vista y siempre en sus labios, porque siempre también le tenía en el corazón.

Un día de fiesta, el día de la Presentación, decía:

«¿Habéis meditado sobre el amor que ardía en el corazón del viejo Simeón durante su éxtasis? Porque estaba verdaderamente en éxtasis cuando tenía en sus brazos al Niño Jesús. Había pedido á Dios no le dejase morir sin ver al Salvador de Israel, y el Señor se lo prometió. Cincuenta años estuvo esperando y suspirando por la venida de su Salvador, cuando al entrar María y José en el templo, le dijo Dios: «Ahí le tienes ya;» y tomándolo entonces en sus brazos y estrechándole sobre su corazón inundado de amor, exclamó el santo viejo: «Ahora, Señor, ya puedo morir en paz;» y luego lo entregó á su madre, sin poder mirarle más que algunos instantes. Pero nosotros, hermanos míos, ¿no somos mucho más felices que Simeón? Nosotros podemos mirarle siempre, si queremos, pues no viene solamente á nuestros brazos, sino á nuestro corazón. ¡Oh hombre, cuán inefable es tu dicha; pero ¡ay! ¡qué poco la comprendes! Si la comprendieses, no podrías vivir... ¡Oh, hermano mío, no, de seguro no podrías vivir...! (Aquí las lágrimas ahogaban la voz del santo Párroco.) ¡Tú morirías de amor! El buen Dios se da á ti todo entero... Puedes llevarle adonde quieras, como quieras y cuando quieras, porque se une íntimamente contigo.»

El resto del sermón no fué más que una serie de exclamaciones, interrumpidas por las lágrimas y sollozos. Sucedia muchas veces que el santo Párroco se

veía precisado á detenerse, vencido por la emoción. Más de una vez su discurso era un grito sublime de amor, de alegría y de dolor. Recordamos bien que, explicando en el Evangelio de la segunda dominica de Cuaresma la visión de los Apóstoles sobre el Tabor, de tal modo despertó en él la idea de la felicidad á que está llamada el alma, gozando de la santa humanidad de Jesús en el Cielo, que, transportado y fuera de sí, exclamó: «¡Nosotros le veremos, si, le veremos! ¡Oh, hermanos míos! ¿Habéis pensado en eso alguna vez? ¡Nosotros veremos á Dios! Le veremos cara á cara... tal cual es.» Y durante un cuarto de hora no cesó de llorar y repetir: ¡Le veremos! ¡Nosotros le veremos!!

En otra ocasión había tomado por asunto de su instrucción el Juicio final, y deteniéndose en los términos de la terrible sentencia: *Id, malditos*, comenzó súbitamente á llorar; y embarazado por gemidos y sollozos, no podía sino repetir estas palabras:

«¡¡¡Malditos de Dios!!! ¿Comprendéis, hermanos míos, lo que es ser malditos de un Dios que no sabe más que bendecir? ¡¡¡Malditos de un Dios que no sabe más que amar y perdonar!!! Malditos ¡oh hermanos, malditos sin remisión, malditos por siempre! ¡Oh, Dios mío, qué terrible desgracia!» El auditorio estaba como aterrado.

Los discursos del Párroco de Ars tomaban á veces cierto color de los sucesos políticos contemporáneos, y reflejaban alternativamente las alegrías y tristezas de su alma. En el año de 1849 decía:

«Parece que Nuestro Señor viene Él mismo á la tierra, en ausencia de su Vicario, y toma su humanidad para mostrarse á los hombres. ¿Sabéis el nue-

«vo milagro que acaba de obrarse en Roma? Os lo  
 «diré: se había expuesto á la adoración de los fieles  
 «el velo con que la Santa Verónica limpió el rostro  
 «del Señor, y que estaba casi borrado por el tiempo.  
 «Mientras los Cardenales permanecieron arrodillados  
 «ante la divina imagen, se ha visto con asombro re-  
 «aparecer la Santa Faz, triste y derramando lágri-  
 «mas. No faltará quien dude de este milagro. ¡Haced  
 «distinguir los colores á un ciego! Por esa aparición  
 «y esas lágrimas decía Nuestro Señor á los Cardena-  
 «les: ¿Dónde está mi Vicario, vuestro Padre? ¡Se le ha  
 «arrojado de su casa! ¿Dónde está? Jesús ha llorado  
 «á su Vicario como un padre que ha perdido su hijo,  
 «como un esposo que ha perdido á su esposa. Ha he-  
 «cho ese milagro en favor del Papa. ¡Oh cuán santo  
 «es preciso que sea el Papa! Por esto, ninguna limos-  
 «na es más acepta á Dios que la que se da á su Vica-  
 «rio. Siempre tendréis pobres entre vosotros; pero no  
 «siempre tendréis ocasión de socorrer al Papa. Ore-  
 «mos para que sea restituído á sus Estados: eso es lo  
 «que Jesucristo nos pide con sus lágrimas.»

En el año de 1830, sabiendo que en algunos pun-  
 tos de Francia se habían profanado las cruces, arro-  
 jándolas por el suelo, y estando en la explicación del  
 Catecismo, movido de una sublime indignación, que  
 impresionó vivamente á su auditorio, exclama: «¡Por  
 «más que hagan, la Cruz es más fuerte que ellos! No  
 «siempre podrán arrojarla por el suelo. Cuando Nues-  
 «tro Señor aparezca sobre las nubes del cielo con el  
 «signo de nuestra redención, no podrán arrancársela  
 «de sus manos.»

Tres años después llegaron las represalias de Dios.  
 Se desarrolló el cólera en París, en Marsella, y ame-

nazaba á Lyon; el santo Párroco comenzaba su ins-  
 trucción por estas graves palabras: «Hermanos míos,  
 «Dios comienza á barrer el mundo.» Estas sencillas  
 palabras, y el tono con que las pronunció, impresiona-  
 ron tan profundamente á un artista que se hallaba en  
 el auditorio, que fueron el punto de partida para su  
 conversión.

